

La máquina de relatos infinitos

Por Juan José Becerra

LOS ELEMENTALES, de Daniel Guebel. Beatriz Viterbo Editora. Buenos Aires. 1992. 73 páginas.

El graznido de Gregorio Samsa en *La metamorfosis* y el cuerpo inmóvil y silente de Bernetti en *Los elementales*, de Daniel Guebel, tienen en común la impronta de una forma sin contenido. Bernetti yace, y los sistemas de signos que emite (un pequeño filamento que emerge cerca de su nariz, un intenso esplendor sobre su cuerpo) no tienen *equivalencia* en el lenguaje.

El yugo hermenéutico que produce la inmovilidad de Bernetti entre sus discípulos que — como él — se supone que persiguen la caza o la pesca de los Objetos Eternos, reproducen la inutilidad de la lengua ante un fenómeno sin antecedentes. Imposibilitados de formar un discurso frente a un objeto innombrable (en el sentido en que Marx y Freud fueron formadores de discursos según Foucault), quienes rodean al científico genial, cuya genialidad no se termina de detectar, apelan a un ejercicio que la literatura suele considerar eficaz para sus fines (realista): describen los actos ambiguos de Bernetti antes de su postración; componen una máquina narrativa que copia por contacto, pero ni siquiera ese principio de biografía disipada que consuman, los salva del combate interpretativo en que que continúan inmersos.



El elenco de discípulos de *Los elementales*, distribuye sus apariciones de a una por vez, y esas apariciones que los hace hablar (y no actuar, inmovilizados frente a las *novedades* del Maestro) irrumpen en primera persona del plural. Cada intervención de un discípulo intenta significar a Bernetti y representar a sus pares; intoxicados por el alfabeto abstracto de la *ciencia* que profesan otorgan al conocimiento científico (a lo que conocen como científico) un rango de verdad.

En *Los elementales*, la narración es puro efecto sin causas. La lógica del texto difiere de la lógica a secas, sus razones específicas pertenecen — como es de suponer que sucede

siempre en la literatura — al relato, y no a las razones generales del mundo. Y ese efecto *asignificante* es inabordable, la suma de malentendidos da como resultado una serie de digresiones (de los discípulos) sobre la catatonía (de Bernetti).

En *La perla del emperador* (Emecé, 1990), Guebel había estampado un punto final estratégico, se había acogido al retiro voluntario. Esa fuga en estampida del narrador remitía a cierta conexión tácita de la interrupción con el infinito. Algo similar sucede con *Los elementales*: el punto final marca una elipsis en la que se continúa una narración sin lenguaje, un relato ya sin materia, un silencio complementario. La eternidad que persigue Bernetti desde su quietud — y el desconcierto que esa quietud despierta —, plantea una idea de relato eterno y bifronte: el estado incorruptible del cuerpo caído de Bernetti; la interpretación fallida que se suscita en su torno. A un cuerpo *que no dice nada* le caben todos los comentarios que la lengua pueda articular: no hay significado para un cuerpo asignificante.

Si se puede hablar en términos más o menos serios de la divisa de un narrador, la de Daniel Guebel sería — aunque quepan dudas — interrumpir por razones editoriales sus relatos infinitos. *ZD*

JUAN JOSE BECERRA es escritor y crítico literario